

Mark Turner (<http://markturner.org/>) es uno de los grandes lingüistas e investigadores en ciencias cognitivas de nuestros días; sin duda un personaje mundialmente reconocido. El pasado 29 de noviembre dio una conferencia en el MIT. El anfitrión de Turner fue mi colega Fox Harrel, quien es el director del *Imagination, Computation, and Expression Laboratory* (Laboratorio de la imaginación, la computación y la expresión) también conocido como ICE-Lab (<http://groups.csail.mit.edu/icelab>).

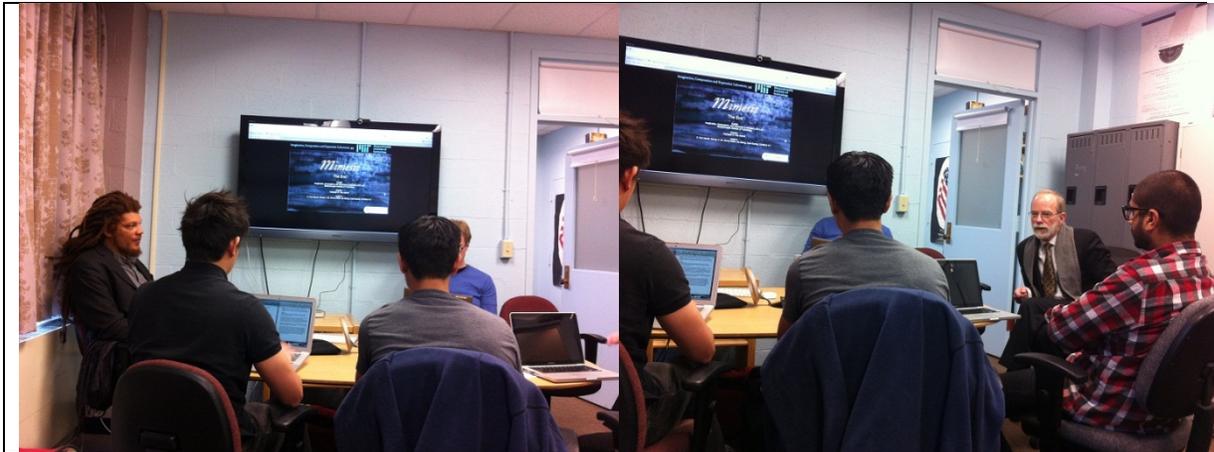
Fox tuvo la gentileza, no sólo de invitarme a la plática sino, además, de convocarme a una reunión privada que su grupo de investigación tuvo con el invitado antes de su charla, y de considerarme para, posteriormente, acompañarlos a cenar. A continuación narro mi experiencia de aquel día.

Etéreos gigantes: un día con Mark Turner

La cita en el ICE-Lab fue a las 3.00 p.m. Llegué unos minutos antes. Alrededor de la mesa de trabajo ya estaban instalados varios miembros del laboratorio. Me senté a unos metros de ellos, tomando un papel más de espectador que de participante.

Cuando unos minutos antes caminé el pasillo que conecta mi oficina con el ICE-Lab entendí que estaba a punto de convivir con una personalidad mundial, que ha hecho contribuciones importantes al conocimiento, y que por años ha sido un típico representante de lo que denomino *nuestros etéreos gigantes*: personajes que hacen grandes contribuciones al conocimiento, que escriben los libros que son la biblia durante nuestros estudios, que son admirados por nuestros profesores, que estudiamos algunas veces hasta al cansancio y que son modelos académicos a seguir. Es decir, son gigantes que los hacemos nuestros a través del conocimiento de su obra. Pero también son etéreos porque, para un número importante de personas en nuestro entorno académico, estos personajes son prácticamente inalcanzables; una especie de entes que nunca se materializan y por lo tanto son muy ajenos a nuestra realidad. Y ahí estaba yo, con la oportunidad de convivir con uno de ellos.

Turner vestía un traje oscuro, bufanda gris, camisa blanca y una corbata refinada. Su presencia era impecable. Desde mi llegada a esta Institución no había visto a un profesor vestir de forma tan distinguida como en aquella ocasión. Fox se sentó en una de las cabeceras y Mark Turner en la otra. Me sentí halagado cuando Fox me dio un lugar especial durante las presentaciones de los que ahí estábamos esa tarde, y cuando en un par de ocasiones intentó incluirme en la discusión.



Los miembros del ICE-Lab platicando con Mark Turner

Los miembros del ICE-Lab, estudiantes de maestría, doctorado y algún profesor visitante, comenzaron a explicarle a Turner los proyectos que estaban desarrollando. El invitado escuchaba, preguntaba y platicaba anécdotas. Parecía estar contento con lo que ahí se comentaba. Después de dos horas la reunión terminó. Aunque siempre se mostró indiferente ante mi presencia, decidí acercarme para despedirme y decirle que lo vería en su presentación. Para mi sorpresa, de una manera cálida me manifestó que había sido un gusto conocerme.

Estaba en mi oficina trabajando cuando, 30 minutos antes de que iniciara la plática de Turner, hubo un apagón que afectó a un área bastante grande de Cambridge, incluyendo el MIT. Los rumores decían que un tren del metro había atropellado a un venado en una de las estaciones adyacentes a la Institución, provocando un gran corto circuito y, como consecuencia, el apagón. Si en Brookline, la parte oeste de Boston, la policía había ido al rescate de personas que eran atacadas en la calle por guajolotes silvestres que han hecho de aquella zona residencial su hogar, e incluso alguna vez la comunidad se dividió cuando un policía mató de un tiro a una de dichas aves que se resistió al arresto, la presencia de un cérvido en las vías del metro parecía una posibilidad admisible. Parece ser que la verdadera razón de la falla eléctrica fue mucho más mundana. Pero el resultado fue el mismo. La Universidad sólo funcionaba con las fuentes de energía de emergencia, y llegar o salir del MIT era bastante caótico.

Cuando llegué al auditorio, en la nueva sección del edificio que alberga al Media Lab., me di cuenta de que el proyector y el equipo de audio no funcionaban. Además, muchas personas que estaban fuera de la Institución y pensaban asistir a la conferencia no pudieron llegar. Y aunque no estaba vacío, el auditorio no registró el lleno que yo anticipaba.

Fue interesante ver la reacción de Turner ante tal imprevisto. Sin duda al principio debió ser una situación muy estresante para el conferencista. Sobre todo porque su presentación incluía varios videos que ilustraban aspectos importantes de lo que venía a comunicarnos. Sin embargo, supo adaptarse a la circunstancias y su participación fue muy amena y entretenida. No cabe duda de que tiene una gran habilidad para la comunicación. Sentado en la primera fila gocé mucho toda la plática y la sesión de preguntas y respuestas se alargó por más de una hora. (La presentación puede ser escuchada en la siguiente liga:

http://cms.mit.edu/news/2012/11/podcast_mark_turner_minding_th.php#more)

Al terminar la conferencia hubo una pequeña recepción con algunos aperitivos. Ahí me encontré a un Turner mucho más relajado. Le comenté de mi admiración por su facilidad de palabra y lo grata que hacía sus pláticas, sobre lo cual bromeó y, por supuesto, se sintió alagado. A petición mía nos tomamos una foto, la del recuerdo, y luego los cinco nos encaminamos a cenar con el invitado. Sí, yo era uno de los afortunados.

Fuimos a cenar al restaurante del hotel *The Kendall*. Nos volvimos a sentar en la misma mesa, y yo en el mismo lugar, donde hacía unas semanas habíamos cenado con George Lakoff, por cierto amigo de Turner. Igual que los jugadores de futbol conservan el balón con el cual logran su anotación número 100, o los beisbolistas el guante con el cual conquistan el campeonato, yo debí haber conservado la silla de aquella mesa. En ella, en dos ocasiones en unas cuantas semanas, me había sentado, literalmente codo con codo, con dos etéreos gigantes los cuales nunca imaginé conocer y mucho menos compartir el pan.

La cena se desarrolló en forma muy placentera; los temas de conversación fluían sobre la mesa mientras saboreábamos un buen vino. Durante toda la noche nunca perdió la elegancia. Le pregunté si había estado en México, y me contestó que alguna vez había dado unas conferencias en el D. F. y en Querétaro. Por supuesto, aproveché para invitarlo a que volviera a nuestro país. En algún momento Turner hizo un comentario sobre los “americanos” y, después de meditarlo por unos segundos, me volteé hacia él y le pregunté a quién se refería, si a los argentinos, chilenos, mexicanos,... Él afirmó que entendía muy bien a qué me refería. Que había crecido en California y tenía varios amigos mexicanos con los que había hablado al respecto. En la mesa se discutió sobre la forma correcta de nombrar a los nacidos en este país. Turner mencionó que el asunto de cómo referirse a la nación, al país, estaba resuelto: Estados Unidos. Pero sin embargo, no había una forma clara de referirse a sus habitantes. “Statians” no funcionaba porque era muy largo y complicado. Yo apunté que mi amigo inglés Steve Eglen me había sugerido emplear el término “USAns”, de igual manera que a los texanos se les denomina “Texans”. No hubo consenso en la mesa y la charla continuó por otros rumbos. Más adelante, en corto, le insistí en que me encantaría tener una sugerencia de Mark Turner sobre cómo referirme en inglés a los estadounidenses. Sin estar muy convencido se pronunció por “USAns”. Llegó el final de la cena. Antes de levantarnos les solicité a los comensales que nos acomodáramos para tomarnos otra fotografía. Al notar que estaba un poco separado de él, Turner me comentó “acércate más, acércate más”. Me encantó el detalle.

Después de que Fox pagó la cuenta, todos nos levantamos para despedirnos. Me acerqué y le dije a Turner:

—en México, cuando compartes un momento muy agradable con alguna persona, te despides con un abrazo. ¿Te puedo dar un abrazo?

— ¡Claro! Nosotros también nos despedimos con un abrazo —me contestó.

Y ahí estábamos Turner y yo, fundidos en un abrazo efusivo, de esos que le das a un buen amigo.

Todos caminamos a la puerta y salimos del restaurante. El grupo se dividió en dos: Turner, Clara y Nick caminaron en una dirección; Fox, Iván y yo en la opuesta. Justo antes de separarnos le grité en español “adiós ¡americano!”. Se me acercó y me dio otro gran abrazo. Y así, mientras caminaba a casa, reflexionaba sobre las experiencias de ese día, la importancia para la sociedad de los héroes académicos, y de la importancia para el investigador de tener un plan B en caso de que un venado aparezca de improvisto el día de tu presentación.

Rafael Pérez y Pérez
Diciembre de 2012
Cambridge, MA



Rafael, Mark, Iván, Fox, Nick y Clara